

COMUNIDAD Y LENGUA EN INTERNET

Miquel Barceló

Antes de Internet (o si me apuran, antes de las BBS) las comunidades sociales nacían básicamente por razones de cercanía geográfica y de proximidad lingüística y cultural. Pero hoy, con Internet y su agilidad de intercambio, la sensación de comunidad puede surgir como resultado de una congruencia de intereses que se relacionan en la Red con independencia de la proximidad geográfica y/o lingüística.

He experimentado en persona el hecho de intercambiar mensajes electrónicos con personas que, en una BBS, en un grupo de noticias o en una lista de distribución, comparten mis mismas aficiones. Al cabo de unos meses de contacto electrónico prácticamente diario, aun sin haber visto nunca a esas personas, soy perfectamente consciente de que posiblemente son más las cosas que me unen a ese "amigo-de-red-a-quien-nunca-he-visto-en-persona" que, pongamos por ejemplo, las cosas que me unen al vecino que vive en la casa de al lado, con quien comparto otros intereses de tipo local, la misma cultura e incluso la misma lengua.

Muy posiblemente lengua, cultura y proximidad geográfica eran, hasta hoy, los elementos más definitorios de lo que formaba el cemento principal de los grupos y comunidades humanas. Pero, tal y como nos decía el bueno de Bob Dylan cuando era más joven, los tiempos están cambiando. Y, en cuanto a los efectos de la tecnología, tal vez a marchas mucho más aceleradas de lo que Dylan pudo llegar a imaginar.

Está en perspectiva un posible cambio del sentido de comunidad, pero también el del papel e importancia de la lengua, la herramienta que ha sido tradicional para "hacer comunidad" (o "hacer país" si se prefiere). En mi caso, siendo bilingüe, considero como propios tanto el catalán (mi lengua materna) como el castellano (la lengua en que me enseñaron a leer), y ambos forman parte del acervo cultural de lugar donde vivo. Pero Internet me trae otro intruso lingüístico que se manifiesta con gran fuerza e invade gran parte del futuro previsible: el inglés.

Si utilizo el correo electrónico no hay excesivo problema: todo depende del interlocutor al que me dirija. Y en este caso sé quien es. Si mi interlocutor es, por ejemplo, de Minnessotta y no sabe ni catalán ni español, no hay problema, escribiré el mensaje en inglés. Si envío un mensaje a Madrid o Buenos Aires lo normal es que lo haga en castellano, y si el interlocutor, esté donde esté, conoce el catalán, podré escribirle en mi lengua materna.

Pero en el caso de las páginas de la Web las cosas cambian. Y mucho. En este caso no sé quien va a ser mi interlocutor, el lector anónimo de la información que pongo en la Web. Evidentemente yo quiero llegar al mayor número de gente posible. Pero lograrlo tiene unas consecuencias lingüísticas más bien preocupantes y molestas.

Si hago mis páginas de la Web en catalán, pueden acceder a ellas, pongamos, entre esos tres millones de personas que lo

utilizan habitualmente y esos seis millones que dicen conocerlo. Está bien.

Pero si hago las páginas Web en español, parece ser que los lectores potenciales van desde los 300 millones que se dice lo usan habitualmente hasta muchos millones más de personas que pueden al menos entenderlo. Son muchos más lectores potenciales. Cien veces más que en catalán. El español es, por lo tanto, una lengua mucho más "rentable" en Internet. Pobre catalán.

Pero claro, siempre serán bastantes menos los lectores potenciales del español ante los que conseguiría si me dedico, sin complejos, a hacer esas páginas directamente en inglés. Pero entonces, ¿qué va a ocurrir con las lenguas que utilizo cada día en casa, en el trabajo, en la mayor parte del ámbito de mi vida? Pobre catalán y pobre español.

Es evidente que podría escribir mis páginas de la Web en varias lenguas, haciéndolas así bilingües o trilingües. Pero, como todo el mundo puede adivinar, eso viene a costar casi dos o tres veces más de tiempo y esfuerzo que si me limito a utilizar un único idioma. Sólo se atreverán a hacerlo los más esforzados defensores de las esencias lingüísticas, y eso siempre que les sobre el tiempo disponible. No tengo la suerte de estar en ese grupo.

Por lo tanto, al margen de interesantes y encomiables militancias lingüísticas, parece que la racionalidad económica nos dice que, con una herramienta de alcance mundial como es Internet, las lenguas minoritarias como el catalán, e incluso lenguas de amplia difusión como el español, tan solo pueden ir experimentando un declive cada vez más agravado. Y eso es grave. Muy grave.

No es una broma y tiene difícil solución. Es un problema mucho más serio que el de la famosa "ñ" en el teclado. Y mucho más difícil de abordar. No hay soluciones simplistas. Ni parece razonable basarlo todo en el voluntarismo de la militancia personal lingüística

El problema subsiste: la racionalidad económica en una tecnología de comunicación de ámbito global como es Internet parece estar reñida con la defensa de la lengua propia. Aunque, cuando yo era más joven de lo que soy ahora, a lo que hoy le llaman "globalización" solíamos llamarlo "imperialismo". Y así era mucho más fácil saber a qué atenerse.

- - - - -